

MIGUEL DE SANTIAGO, *El camino del alma hacia el Amor. Obra poética y comentarios*. Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca, 2013, 580 pp.

En la página 281 de este libro, prácticamente el centro del mismo, leemos: «Cuando el artista se busca a sí mismo a través de la creación artística en realidad está buscando a Dios su creador. Ya en la encíclica *Veritatis splendor* Juan Pablo II hacía suyas las siguientes palabras de San Ambrosio: ‘Conócete a ti misma, alma hermosa: tú eres *la imagen de Dios*. Conócete a ti mismo, hombre: tú eres la gloria de Dios. Escucha de qué modo eres su gloria’».

Por la literalidad de las palabras y por su contenido, hasta cierto punto podríamos asegurar que sintetiza lo que el lector encuentra en un libro que, pese a su enjundia, se lee con facilidad, sobre todo si siente inquietud por las cuestiones tratadas. El mismo hecho de que, sin citar su origen, el Papa repita, cristianizada¹, en referencia al alma y al hombre, la inscripción que, según la tradición, pusieron los siete sabios en el frontispicio del templo de Delfos, es significativo. Y es que Miguel de Santiago, para conseguir el objetivo prefijado, sin perder en ningún momento la perspectiva mística que lo inspiró y lo inunda, ha escrito un volumen especialmente acertado para el hombre de nuestro tiempo.

¿Por qué lo ha escrito? Ahora es necesario retomar las primeras páginas del libro, en las que confiesa que, consciente de la convocatoria del Año de la Fe y de los consejos y recomendaciones de la Conferencia Episcopal Española, nuestro poeta se siente arrastrado a seguir las directrices de la Jerarquía, que venían anticipadas, desde varias décadas antes, por el magisterio, en primer lugar, del Concilio Vaticano II, y por el de los últimos pontífices. Entre los distintos documentos pontificios, el propio Miguel de Santiago recalca —y lo reitera en numerosas ocasiones— que ocupa un lugar de privilegio la *Carta a los artistas*, de Juan Pablo II (1999). También es imprescindible, para comprender la decisión final de preparar esta publicación, señalar el convencimiento del poeta de que, como ha señalado, por ejemplo, Marie Dominique Chenu, «las realizaciones artísticas, tanto literarias como plásticas» son «solamente ilustraciones estéticas, sino verdaderos *lugares teológicos*» (p. 22).²

La razón de ser de este libro, que constituye la primera parte, estriba en los seis poemarios del poeta, el último de los cuales estaba inédito: *Catálogo de insomnios*, *Parábolas del sueño*, *Vigilia*, *Recordatorio*, *Variaciones sobre una partitura de Vivaldi* y *La siega*.

¹ Fue San Gregorio quien decidió que no convenía destruir todo lo anterior, sino que era preferible, incluso tratándose de templos dedicados a divinidades idolátricas, que se tomaran las medidas oportunas para que, con la debida formación, el pueblo cristiano aprovechara esos lugares como consagrados exclusivamente al verdadero Dios.

² Y añade: «Esta observación está en la misma línea de la expresada por Hans Urs von Balthasar cuando distingue entre una estética teológica y una teología estética, pues un deslizamiento hacia esta última traicionaría el contenido propio de la teología y la haría tributaria de las ideas imperantes en la doctrina intramundana de la belleza».

La segunda parte, «Comunicación de la experiencia de lo sagrado», en palabras del autor «podría calificarse de abstracto, por cuanto se refiere a la creación poética en general». Y la tercera parte, como señala el título, «Comentario de la obra poética», analiza individualmente los distintos poemas, con los detalles más sobresalientes.

Creemos, por decirlo sin ambages, que el estudioso ha acertado plenamente en las tres partes. En ningún momento ha olvidado ni la realidad de donde venimos, ni el momento y el lugar en que nos encontramos —poco proclive, por cierto, a Dios y a la religión—; pero tampoco que, por decirlo con palabras de San Agustín: «Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón no descansará hasta que descansa en ti», en el comienzo de sus *Confesiones*.

El autor es plenamente consciente de esto cuando afirma: «Mi poesía, independientemente de que lo haya logrado o no, tiende, como se verá a lo largo de estas páginas, una mirada al mundo y a la historia con ojos abiertos a la trascendencia, apostando por una línea de modernidad —o mejor, de contemporaneidad o comunión con el tiempo en que es producida— y alejada de contextos arcaicos y meramente pietistas» (p. 272).

Miguel adquirió, durante sus estudios universitarios, una sólida formación filosófica y teológica; por sus inquietudes literarias, en el discurrir de los lustros, ha alcanzado un gran conocimiento de la poesía española y universal, así como un gran dominio de la técnica de la composición, con los recursos apropiados de la poesía³; y, por su dedicación profesional, ha desarrollado diferentes aspectos de la estética, siempre en relación con Dios y proyectado a la cultura actual. De ahí que cualquiera de las páginas del libro demuestra ese aprovechamiento de todo el acervo cultural profano y religioso para aglutinarlo en el exclusivo objetivo de su vivencia personal con la divinidad, proyectado hacia sus hermanos.

Merece una atención especial la segunda parte por cuanto, en ella, el estudioso Miguel de Santiago, con admirable facilidad ofrece una visión de rabiosa actualidad en cuanto a la creación poética, con un espléndido balanceo entre la exposición teórica de ascética y mística, con los orígenes del léxico y los niveles del camino hacia Dios, en los que tanta importancia tienen determinados nombres —Gregorio de Nisa, Pseudo Dionisio—, e, incluso, algún filósofo —Plotino—, que nada tuvo que ver con lo que esencialmente definía la mística y la unión con Dios. Insistiremos en la riqueza bibliográfica de teóricos y artistas, sabiendo a ciencia cierta que, en buena parte de los casos, las mayores aportaciones en cuanto a la creación de la poesía y su proceso, se deben a poetas como Valente, sin olvidar casos como Carlos Bousoño o Dámaso Alonso.

[A este último corresponde un fragmento de especial interés para el tema que nos ocupa: «Toda poesía es religiosa. Buscará unas veces a Dios en la Belleza. Llegará a lo mínimo, a las delicias más sutiles, hasta el juego, acaso. Se volverá otras veces, con íntimo desgarrón, hacia el centro humeante del misterio, llegará quizá a la blasfemia. No importa. Se trata de reflejar el mundo, imita la creadora actividad. Cuando

3 Explícitamente contradice la teoría de Descartes, quien sólo reconocía, en la poesía, la inspiración, como opuesta a la ciencia. Miguel de Santiago, como tantos otros poetas, defiende que, en la poesía bien hecha, ocupan un lugar relevante «el trabajo y la disciplina», como en la ciencia.

lo canta con humilde asombro, bendice la mano del Padre. Si se revuelve, iracundo, reconoce la opresión de la poderosa presencia» (p. 272).

Consciente de los hipotéticos desacuerdos del fragmento, el estudioso aprovecha para repasar brevemente la actitud de las grandes corrientes de poesía del siglo xx, y su actitud ante Cristo. También se apuntan las circunstancias de nuestro tiempo, tan alejado de Dios, y en el que se llega a repetir con excesiva frecuencia la muerte de Dios, etc. Esto, en contraposición, le sirve para señalar las corrientes de pensamiento y conocimiento a partir de la poesía, así como las posturas y aseveraciones de nuestros mayores teólogos, para quienes la poesía ofrece unos asombrosos caminos de acercamiento a la Belleza Suma, a Dios.]

En un ambiente alejado de Dios, el cristiano responsable, clérigo o laico, vislumbra la necesidad de la poesía como una manifestación del Creador en el mundo; de ahí la producción, con las líneas renovadas de la poesía posterior al Concilio Vaticano II, de nuestro poeta sacerdote Miguel de Santiago, en quien la experiencia divina y la expresión poética confluyen en su poesía, como agua brotada de los fecundos veneros del Amor. [Así se comprende su veneración y admiración por el poeta, artista, sacerdote y papa Juan Pablo II, cuando escribió: «Toda forma auténtica de arte es, a su modo, una vía de acceso a la realidad más profunda del hombre y del mundo. Por ello, constituye un acercamiento muy válido al horizonte de la fe, donde la vicisitud humana encuentra su interpretación completa. Este es el motivo por el que la plenitud evangélica de la verdad suscitó desde el principio el interés de los artistas, particularmente sensibles a todas las manifestaciones de la íntima belleza de la realidad» (p. 307).]

En línea con lo señalado respecto a la segunda parte del volumen, los comentarios de la tercera parte ofrecen, diríamos, una de cal y otra de arena. En cuanto que han sido comentados por diferentes críticos, el esfuerzo y el trabajo del autor poeta, sin duda, se ha visto gratificado ya que, en último término, el lector no deja de ser, en cierto sentido, «re-creador» del poema, por mucho que este sea, como ya hemos señalado también, en el pensamiento del poeta, una obra cerrada y cumplida. Esto no obstante, cada nuevo lector, acompañando sus sentimientos al texto, no deja de aportar una parte de sí mismo a los poemas.

De cualquier forma, es de agradecer el esfuerzo de Miguel de Santiago, pues, junto con su poema y su particular comentario, nos abre nuevos horizontes de lectura, en ciertos casos al menos, en los que cada lector percibirá latidos de otros corazones. Es la ventaja o el inconveniente/limitación del último libro, *La siega*, inédito, que sólo tiene los comentarios del poeta. Personalmente, respecto al poema «La memoria vuelve de nuevo al claustro plateresco de San Zoilo en Carrión de los Condes», hemos sentido latidos de ascética y mística en grados variables, difíciles de explicar, por intuitivos. Leyendo estos límpidos versos, hemos sentido lo que señalamos a continuación:

Perfumaba las horas del jardín
el virginal encanto de los lirios
que fueron sacudidos por adioses
del ángel más hermoso.
Por las crujías se filtraba el sol
del invierno y vagaban los potrillos salvajes...

Frente a los sacerdotes y reyes del Antiguo Testamento, vigilantes sombríos de la Ley, tal como señala Miguel, he vibrado al sentir su protección para que mi alma extraviada percibiera la belleza de las manos de Dios en la naturaleza, hasta que «los adioses del ángel más hermoso» lo alejan de mí. Para agravar mi situación de soledad, como corresponde a las primeras moradas de las que habla Santa Teresa, las tentaciones, el frío y las pasiones azotan el espíritu y acaban con la serenidad y la paz... Aunque las vidrieras, es verdad, permanezcan cerradas a la luz y al verdor de la esperanza, sin embargo, laten frágiles los deseos y la añoranza por algo mejor. Y ahí se abre el corazón.

Y bajo el Pantocrátor
descalzamos los pies,
quemamos los harapos de otros días
para adentrarnos al misterio. Desde
la mandorla fluía la dulzura
de aquella mano que bendice y abre
la puerta de otro reino.

De nuevo los esfuerzos de los primeros pasos de la ascética aligeran nuestro aferramiento a la tierra y a los harapos de las miserias humanas. Y no será el hombre, sino la mano de Cristo, que bendice y abre la puerta de otro reino, la que, en tanto en cuanto libres de las ataduras terrenas, nos introduce en el misterio del Amor.

¡Gracias, Miguel! Creo que llevaba razón Rahner cuando afirmó que el cristiano de nuestro tiempo sería místico o no sería. ¡Tu libro, sin duda, facilitará el camino de quienes pretendan, con su lectura, acercarse a Dios!

JUAN MANUEL VILLANUEVA FERNÁNDEZ

PEDRO FRANCISCO GAGO GUERRERO, *El Estado Social y el ciudadano*. Madrid: Difusión Jurídica, 2013, 345 pp.

Un libro reciente del profesor Gago, docente del Área de Filosofía del Derecho de la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense de Madrid, podrá constituir, de nuevo, una suerte de ejercicio gimnástico-intelectual, si la expresión no chirría más de lo comúnmente admitido, entre dos opciones tan diferenciadas como enfrentadas. Nos referimos, ya desde el principio para enlazar con el reto con que habremos de poner el punto y final, al consabido dilema —de ecos gramscianos— entre el optimismo de la voluntad y el pesimismo de la inteligencia. El lector deberá saber paladear (o, mejor dicho, atreverse a hacerlo) para plantearse avanzar en esa tarea que para muchos consiste en la «funesta manía de pensar».

El libro objeto de presentación está organizado en dos partes. El título es, en este caso, genuinamente revelador porque a diferencia de otros, por cierto, nada escasos, no contiene «trampa ni cartón»: la primera parte atiende al rótulo «Del Estado Absoluto al Estado Social» en tanto en cuanto la segunda ahonda en las «Consideraciones sobre la pérdida del sentido de la ciudadanía». La antedicha organización del estudio está precedida por un índice y un prólogo; y, en último término, el autor ofrece unas